

TAHAR BEN JELLOUN / MAHMOUD HUSSEIN

Carta a unos "palomas" israelíes

En un momento en que las negociaciones entre israelíes y palestinos se ven obstaculizadas por desórdenes y tensiones, cuando las desconfianzas, los miedos y las brutalidades copan el campo, es beneficioso que los intelectuales árabes y los "palomas" israelíes hablen entre ellos. En unión de Mahmoud Hussein, pseudónimo que agrupa a dos escritores egipcios que viven en París, he redactado esta carta.

Vosotros pertenecéis, como nosotros, a esta tribu nómada de escritores, de artistas o de investigadores que tienen la suerte de hablarse más allá de las fronteras y que, sobre los senderos difíciles de la paz, han aprendido paulatinamente a comprenderse incluso cuando no estaban de acuerdo.

Tenemos la convicción de que los intelectuales dedicados a la paz tienen una misión que cumplir, palabras verdaderas que pronunciar, que, aun cuando los políticos no estuvieran a la altura, podrían mantener el acercamiento en profundidad de las opiniones.

Habéis asumido en más de una ocasión esta misión con honor, la última vez en 1995, frente al ascenso del oscurantismo terrorista que culminó con el asesinato de Rabin y que favoreció la llegada al poder de Netanyahu. Para muchos de nosotros, el terrible parón asediado a las esperanzas nacidas de los acuerdos de Oslo se vio compensado, en cierta medida, por la certeza de que las fuerzas de paz israelíes, por su parte, no bajarían la guardia.

Entonces, ¿qué ha ocurrido esta vez? Después de que Barak decidiera, hace casi tres meses, responder a la cédula palestina con medidas de guerra, hemos asistido, con estupefacción, al abandono por parte de algunos de vosotros. Hemos visto cómo algunos se replegaban en un silencio embarazoso y cómo otros adoptaban una actitud comprensiva ante quienes ejercían la represión.

En fin, después de unas semanas, he aquí que algunos de vosotros comienzan a difundir en la prensa una extraña tesis. Amos Oz la acaba de resumir en estas palabras: "Israel sugiere a los palestinos un acuerdo de paz basado en las fronteras de 1967 que comporta modificaciones bilaterales escasas y de menor entidad. Propone desmantelar los asentamientos judíos dispersos en el seno del territorio palestino, hacer de Jerusalén este la capital de Palestina y situar los Santos Lugares objeto de controversia bajo soberanía árabe. Se trata del ofrecimiento más generoso que pueda hacer Israel... La nación palestina rechaza esta paz" ("Le Monde", 9/1/2001).

¿Cómo pueden rechazar los palestinos una paz semejante? ¿Qué más pueden esperar? Amos Oz, y quienes presentan los hechos como él, promueven la tesis siguiente: "Los palestinos exigen el derecho al retorno a Israel de todos los refugiados, esto es, casi 4 millones de personas. Ello equivale al final de Israel. En otros términos, Arafat no quiere una paz justa". Lo que quiere en el fondo —nos dice Amos Oz— es "la aniquilación de Israel".

Para responder al escritor israelí, volvamos a los hechos:

Barak no ha ofrecido jamás a los palestinos un acuerdo de paz semejante. Sus últimas propuestas no evocan un Estado palestino independiente. En realidad, tendrían como consecuencia la creación de un simulacro de Estado sin continuidad territorial ni soberanía real, en el que casi el 80% de los asentamientos de Cisjordania se quedarían en su sitio.



JAVIER AGUILAR

der por ello que haya ofrecido a los palestinos un Estado soberano y viable que responda a sus exigencias de dignidad. Sin embargo, la demanda primordial de los palestinos, la que fundamenta todas las demás, —incluida la aspiración a un Estado— es la de ser respetados como pueblo, sin restricciones. Es la de recuperar, por fin, su dignidad.

Los atributos de la dignidad nacional, reconocidos al resto de pueblos de la región en el curso del siglo XX, se les han denegado hasta el presente. Después de la Segunda Guerra Mundial, han sido empujados al exilio, reducidos a un estatus minoritario en el cuadro del nuevo Estado de Israel o forzados a aceptar la tutela del Estado jordano en Cisjordania y del Estado egipcio en Gaza. Tras la guerra de junio de 1967 estos territorios pasaron a ser ocupados por Israel.

Desde entonces y hasta hoy, el conjunto de territorios que integran la Palestina histórica se halla bajo control israelí, y todos los palestinos que no han sido expulsados de ellos viven bajo una forma u otra de dominación israelí. Los palestinos constituyen uno de los últimos pueblos de la tierra que viven bajo dominio extranjero. Y no lo toleran más.

Este "estado" se dividiría en tres cantones, separados unos de otros por territorios israelíes y enlazados por carreteras o túneles situados bajo control israelí. Los tres barrios de Jerusalén de mayoría árabe formarían parte del Estado palestino, pero dos de ellos persistirían como islotes completamente sumergidos en territorio israelí.

Los israelíes mantendrían una presencia militar en el valle del Jordán, es decir, controlarían la frontera del "Estado" palestino con Jordania, mientras que los palestinos no dispondrían de fuerzas de defensa propias en caso de "estado de urgencia" proclamado... por Israel. Y, para acabar, el espacio aéreo y los recursos de abastecimiento de agua del "Estado" palestino se hallarían bajo control israelí.

Hasta donde alcanza nuestra información, no existe hoy en el mundo, sea donde fuere, nación independiente que se dé por satisfecha con tal tipo de "Estado". Ni se aprecia la mera posibilidad de que Arafat lo acepte. E, incluso si lo hubiera hecho, tampoco se vislumbra que su pueblo le hubiera apoyado. Si bien es legítimo considerar que, desde el punto de vista de Israel, Barak ha hecho más concesiones que ningún otro dirigente israelí, no se puede pretender por ello que haya ofrecido a los palestinos un Estado soberano y viable que responda a sus exigencias de dignidad. Sin embargo, la demanda primordial de los palestinos, la que fundamenta todas las demás, —incluida la aspiración a un Estado— es la de ser respetados como pueblo, sin restricciones. Es la de recuperar, por fin, su dignidad.

Los atributos de la dignidad nacional, reconocidos al resto de pueblos de la región en el curso del siglo XX, se les han denegado hasta el presente. Después de la Segunda Guerra Mundial, han sido empujados al exilio, reducidos a un estatus minoritario en el cuadro del nuevo Estado de Israel o forzados a aceptar la tutela del Estado jordano en Cisjordania y del Estado egipcio en Gaza. Tras la guerra de junio de 1967 estos territorios pasaron a ser ocupados por Israel.

Desde entonces y hasta hoy, el conjunto de territorios que integran la Palestina histórica se halla bajo control israelí, y todos los palestinos que no han sido expulsados de ellos viven bajo una forma u otra de dominación israelí. Los palestinos constituyen uno de los últimos pueblos de la tierra que viven bajo dominio extranjero. Y no lo toleran más.

Han interiorizado la terrible realidad de las relaciones de fuerzas territoriales: el hecho de que Israel ocupará, permanentemente, el 80% de su patria de origen. Han comenzado a admitir que su Estado habrá de contentarse con el 20% restante. Pero este 20% lo quieren efectiva, verdadera e íntegramente para sí. Este 20% restante lo quieren un 100% palestino.

Creyeran que la negociación a partir de los acuerdos de Oslo iba a restituirles ese 20%. En cambio, han visto cómo se multiplicaban los asentamientos de población, cómo extendían sin cesar su dominio en las áreas cercanas a sus aldeas o en el mismo corazón de algunas de sus ciudades. Han visto cómo los soldados instalaban sus reales, vigilando las carreteras, cortando los cruces, multiplicando los controles. Han presenciado cómo una mayoría de sus hombres se veían obligados a trabajar a diario en vuestra casa, inspeccionados y registrados a la ida y a la vuelta, expuestos, cualquier día, a perder sus precarios empleos en caso de cierre de los territorios por decisión de vuestros generales. A eso se le llama la humillación cotidiana.

Los sentimientos de frustración y de rabia imponente han brotado y crecido en las filas de la juventud, privada de futuro, recluida en una vida angosta y miserable. La auténtica ra-

LAS ÚLTIMAS

propuestas de Barak

resultarían en la creación

de un simulacro de Estado

sin soberanía real

zón de la revuelta reside ahí: es el brusco despertar de una dignidad pisoteada y de una esperanza traicionada.

Si hoy Arafat rechaza las proposiciones de Barak, a sabiendas al mismo tiempo de que no cabe esperar nada de un Sharon, se debe a que tales proposiciones están demasiado lejos de aquello por lo que el pueblo palestino lucha desde hace tanto tiempo, están demasiado lejos de ese Estado en cuyo seno debe consagrarse su estatus de nación libre.

Ahí radica la verdadera razón del actual callejón sin salida.

Estamos convencidos de que, en el marco de un acuerdo en el que por fin Israel reconociera la exigencia de dignidad de los palestinos, esto es, un Estado soberano y viable, todas las cuestiones, incluyendo la del retorno de los refugiados, podrán encontrar soluciones de compromiso honroso, aceptables por ambas partes. ●

Traducción: José María Puig de la Bellacasa

DEBATE El reto de la inmigración / RICARD ZAPATA-BARRERO

El déficit intergubernamental

Desde hace tiempo, las ciudades deben gestionar la presencia de inmigrantes indocumentados. En la actualidad, la presión empieza a ser insostenible. Para las ciudades, este problema es estructural, puesto que saben quiénes son los inmigrantes pero no pueden integrarlos: es el Gobierno central el que tiene la última palabra en la decisión sobre quién está excluido e incluido en nuestra sociedad. El único instrumento legal que tienen las ciudades es el empadronamiento. Los "sin papeles" adquieren, así, la "visibilidad" necesaria para beneficiarse de los bienes sociales de la ciudad donde residen. La existencia de asimetría entre dos "legalidades",

la del poder central y la de las ciudades, manifiesta el déficit intergubernamental que está surgiendo en temas de inmigración.

Ante esta situación, son comprensibles las reacciones adversas que han manifestado los poderes locales tras las declaraciones de Enrique Fernández-Miranda, delegado del Gobierno para la inmigración, quien "recomienda" no empadronar a los inmigrantes indocumentados. «Es una solución constructiva para solventar las concentraciones en las plazas públicas y las iglesias de la ciudad? En realidad, está no solamente "poniendo a prueba" la autonomía local, sino también desvelando que existen dos formas de concebir el empadronamiento en relación con la integración. El problema es que estas dos lógicas, la del poder central y la de la ciudad, resultan incompatibles en la práctica.

Para la "lógica de la ciudad", el empadronamiento es la primera etapa para lograr la integración en los demás sectores (vivienda, trabajo, educación, sanidad, etcétera). Esta es quizá una de las primeras opciones que tiene el inmigrante, puesto que expresa una "cierta voluntad" de crear vínculos futuros y raíces en la ciudad. Para la "lógica" del Estado, en cambio, el empadronamiento, en lugar de ser una condición, es una de las últimas etapas de la integración. El inmigrante sólo se empadrona cuando está integrado en los demás sectores públicos, y no al revés; cuando tiene al menos parcial y virtualmente los demás bienes públicos asegurados. De ahí que el Estado vea lógico que un indocumentado pueda empadronarse.

La lógica de la ciudad nos transmite una opción: o bien modificar la legislación existente (los indocu-

UNA HUELGA

de hambre por derechos humanos es muy seria e invalida todo discurso de nuestro Estado

mentados no marcharán por propia voluntad, salvo si el Gobierno establece un Estado policial social y económicamente más costoso que la regularización), o bien dar a las ciudades una autonomía plena sobre estas cuestiones. En ambos casos se manifiesta la importancia que tienen las ciudades como grupo de presión en la defensa de los intereses de su población inmigrante, sean cuáles sean sus límites de acción traza-

dos desde el Estado. Deberían ser realmente los únicos interlocutores válidos para gestionar la acción desesperada que están protagonizando los indocumentados. Una huelga de hambre para reclamar derechos humanos es algo muy serio, puesto que invalida todo discurso por derechos humanos que tiene nuestro Estado hacia terceros países. Esta es la presión que sin duda ha sentido nuestro delegado del Gobierno. Su reacción no ha sido, como todos sabemos, la de sentarse a dialogar. Ni siquiera la de consultar al foro para la integración, hoy en estado clínicamente muerto. Esta situación está poniendo al descubierto el déficit intergubernamental que tiene el Gobierno para gestionar uno de los problemas más importantes desde la transición. ●

RICARD ZAPATA-BARRERO, profesor titular de Ciencia Política de la Universitat Pompeu Fabra

ricard.zapata@cpis.upf.es